

ESTRATTO DA **LUMEN**

Rivista Internazionale di Filosofia - Scienze e Letteratura

Diretta da B. Giuseppe Pipitone e da Franco Bellitti

Anno II - N. 1 - Marsala - Gennaio-Febbraio 1949

Anno II - N. 2-3 - Marsala - Marzo - Giugno 1949

Anno II - N. 4 - Marsala - Luglio-Dicembre 1949

CARLOS CID

Profesor de Historia de l'Arte Antigua en la Universidad de Barcelona

EL ARTE DE LA AMÉRICA PRECOLOMBINA



Trapani - Casa Editrice «Radio»



ESTRATTO DA **LUMEN**

Rivista Internazionale di Filosofia - Scienze e Letteratura

Diretta da B. Giuseppe Pipitone e da Franco Bellitti

MARSALA

CARLOS CID

Profesor de Historia de l'Arte Antigua en la Universidad de Barcelona

EL ARTE DE LA AMÉRICA PRECOLOMBINA

España (1) y la cultura americana — No es posible empezar este ensayo sobre arte americana sin dedicar un recuerdo a tantos hombres, grandes en todos los órdenes, que desde los primeros tiempos, sintieron la preocupación científica por las nuevas tierras: no fueron sólo los conquistadores quienes ganaron un continente para la civilización, a su lado estuvieron los religiosos que evangelizaron las tribus más feroces, caídas en los peores fanatismos sanguinarios; y tampoco faltaron los curiosos del saber, que muchas veces fueron los mismos guerreros o misioneros, los cuales nos legaron en descripciones y obras de mucho mérito innumerables datos, que por estar recogidos sobre el terreno tienen hoy un valor inestimable. En la imposibilidad de nombrarlos aquí a todos, citaremos tan sólo a Fray Bernardino de Sahagún, monje franciscano que en su convento de Tlatelolco (México), redactó una interesantísima *Historia de las Cosas de Nueva España*, obra de criterio científico casi moderno, a pesar de escribirse en el siglo XVII, y que da a España el derecho indiscutible de ser creadora, más que precursora, de la ciencia etnológica. Hay que recordar también la labor constante de España, que con su maravillosa y cristiana comprensión de todas las razas hizo posible avances extraordinarios en el estudio de las civilizaciones primitivas. Por último conviene que sea de todos conocido que estas actividades encuentran hoy su centro en dos instituciones modelo: el *Museo de América*, creado por Decreto del 19 de abril de 1941; el *Museo Etnológico*, que desde 11 de julio de 1945 surgió como sucesor del antiguo *Museo de Antropología* del doctor Velasco.

EL ARTE EN AMÉRICA DEL NORTE

Se ha exagerado la importancia de las civilizaciones precolombinas, arrastrados unas veces por un entusiasmo romántico, o con el deliberato propósito de denigrar a España como supuesta destructora de civilizaciones superiores. El echo es que si bien existieron, particularmente en el Norte y Centro de América, culturas muy superiores a las que podemos ver en un tratado de Arte antiguo en otras regiones del mundo, ninguna llegó al grado de las europeas o asiáticas históricas, y en el mejor de los casos sólo fueron comparables a las del Benín o Dahomey.

(1) Si avverte che, per necessità tipografiche, al posto di ñ usiamo gn (N. d. R.).

Los Toltecas — Cuando los españoles llegaron, a México, éste estaba dominado por los aztecas, pueblo que ejercía un imperialismo tiránico sobre las demás tribus nahuas que habitaban la región; a ellos atribuye el no iniciado la civilización mexicana. Pero su hegemonía era reciente; México se fundó en 1325, y muchos de sus elementos culturales los tomaron de pueblos anteriores, de los toltecas especialmente. Según la tradición tolteca, que unos suponen histórica y otros fabulosa, este pueblo procedía de la Alta California y Colorado, desde donde emigró para formar una gran monarquía con Tula por capital (Estado de Hidalgo, México). Su aportación más característica a la cultura mexicana fueron las típicas pirámides. Su arquitectura se caracterizaba por el empleo constante de troncos piramidales superpuestos, volúmenes simples (prismas, cubos, etc.), y combinaciones de estas formas. A veces, más raramente, emplearon las cilíndricas. Las paredes eran inclinadas y distribuidas en forma de tablero; usaron techumbres a dos vertientes y terrazas sobre vigas; en las cubiertas pétreas sólo se empleó la falsa bóveda, ya que la verdadera, junto con otros elementos culturales tan esenciales como la rueda, sólo fueron conocidos en América a la llegada de los españoles. Se empleó también la columna; pero el tema que dió tono auténticamente monumental y majestuoso a sus edificios fueron las inmensas escalinatas muy inclinadas hacia la vertical, lo que aumenta considerablemente el efecto de elevación.

El templo tolteca es la construcción que conocemos con el nombre de *teocalli*. Consiste en varios troncos de pirámide superpuestos, en el último de los cuales existe una pequeña terraza donde se asienta un edículo, el verdadero templo, en que se hacían los sacrificios y que servía para observatorio astronómico; se ascendía por las escalinatas a que, no hemos referido. De estos templos existen en América del Norte y Centro más de un centenar; los más famosos son el de Xoxicalco, cuya base es una formación natural de basalto de 120 metros que se talló en forma troncopiramidal; él de Teopistlan, construido sobre una roca impresionante; el de Papantla de siete pisos; y los de Teotihuacán y Cholula. Estos monumentos han sido comparados repetidamente a los *zigurats* mesopotámicos y a las pirámides egipcias, queriendo sacar consecuencias de sus paralelos; en realidad, aparte, meras coincidencias de formas, no existe ninguna relación efectiva; la pirámide de Egipto tiene un destino funerario, es como un inmenso túmulo que cubre la sepultura, su terminación es puntiaguda y en su tiempo las superficies estaban cuidadosamente pulidas, haciendo imposible la ascensión a la cúspide; basta esto para apreciar el abismo que hay entre los monumentos del Viejo y Nuevo Continente.

Los hallazgos monumentales más importantes son los de Tula y Teotihuacán. Los restos de la primera son relativamente escasos y mal conservados, a pesar de las ruinas de una gran construcción sobre terraza y los vestigios de una residencia con cubiertas planas, cuyas paredes estuvieron recubiertas por estuco pintado de rojo; acaso lo más interesante de Tula sean las columnas profusamente decoradas y divididas en tambores que encajaban entre sí por espigas de madera que

recuerdan las del mundo clásico europeo. Teotihuacán era la ciudad sagrada, en el Norte del México actual, junto el río S. Juan; tres son sus monumentos de importancia: la llamada *Ciudadela* y los templos del Sol y de la Luna. La Ciudadela es un conjunto de edificaciones de diversa índole que ocupa un cuadrado de casi medio kilómetro de lado, en cuyo centro se eleva el gran teocalli de Quetzalcoatl, con su magnífica escalinata ricamente decorada con esculturas de dicho dios y cabezas monstruosas de serpientes, de ojos desencajados e inmensas mandíbulas abiertas; su aspecto a más de terrible y fantástico era muy decorativo, sobre todo si tenemos en cuenta que estaban policromadas con colores muy intensos. La *Pirámide del Sol* (*Tonatiuhzaqualli* o *Casa del Sol*), es de dimensiones impresionantes, téngase en cuenta que la base mide más de 46000 metros cuadrados, la plataforma superior 18 per 30 metros en sus lados, y la altura alcanza unos 77. La forman cuatro troncos de pirámide que estuvieron pintados de rojo, color solar tolteca. Sobre su cronología no se han puesto de acuerdo los autores, pues mientras unos la suponen del año 2000 a. de J. C., otros la creen de primeros del siguiente milenio. No lejos de ella se alza otro templo semejante, la *Pirámide de la Luna* (*Meztlizaqualli* o *Casa de la Luna*), cuyas dimensiones no llegan a la mitad de las del Sol; a semejanza de ésta consta de cuatro cuerpos, pero estaba pintada de blanco, símbolo lunar. En la cúspide se halló una escultura de divinidad acuática.

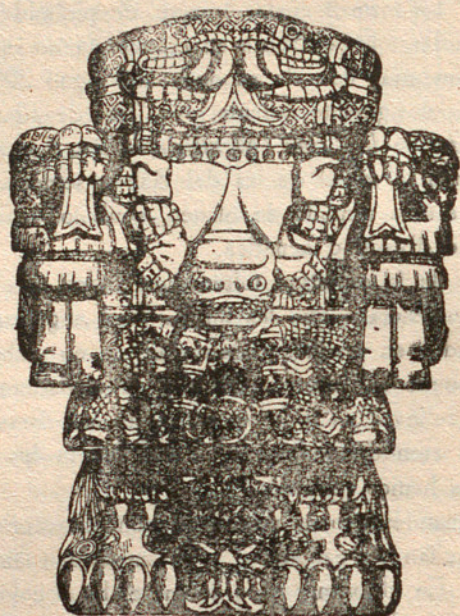
La característica de la escultura tolteca que llama más la atención es su cubismo, es decir, la tendencia a que las formas sean angulosas, ángulo recto dominante, y estén tallados en prismas rectangulares o en cubos. Como en Egipto o Mesopotamia, no puede hablarse en México de verdadera estatuaria, sino más bien de bloques con relieves en todas o varias de sus caras. De todos modos lo más brillante del arte escultórico de este pueblo fueron los grandes relieves de los templos a que nos hemos referido.

No faltaron las manifestaciones pictóricas, conocidas principalmente por Teotihuacán. Los temas solían ser religiosos, y se empleaban tanto para la decoración externa como interna. En el primer caso se mezclaba el color a la pasta del estuco del paramento y después de aplicarlo en masas, se pulían finamente las superficies, técnica que equivale a un fresco muy resistente y monumental; en la decoración interna se aplicaba el fresco corriente, cuidando de dibujar los contornos de las figuras en negro, y rellenando después el interior con varios colores, por lo que más que pinturas eran verdaderos dibujos iluminados. A los colores corrientes de las paletas primitivas, rojo, negro, amarillo, se agnada a veces el verde y el blanco, y, cosa curiosa, el rosado; es interesante para la técnica pictórica el uso del difuminado, que a veces parece perseguir efectos de perspectiva.

Una de las manifestaciones artísticas precolombinas que más agradan al hombre moderno es la cerámica. En México se trabajaron vasos y urnas de excelente calidad, a la que se unía la finura del material empleado; del mismo Teotihuacán proceden piezas magníficas, cuyo colorido armónico recuerda mucho el de las pinturas. Se emplearon dos técnicas ornamentales; la primera cubría el decorado con

una sustancia impermeable y fusible, como la cera, y luego se embadurnaba de color todo el vaso, que sometido a cocción dejaba al descubierto los dibujos del color natural de la arcilla destacando sobre un fondo uniforme; la segunda seguía un procedimiento semejante, pero excavaba los dibujos y rellenaba los huecos con pasta de color, bastando pulir la superficie para obtener un colorido bello y permanente.

Los Aztecas — Una de las tribus de la familia nahua fué la de los aztecas, que también descendieron del N. para adueñarse de una gran parte del México moderno; fundaron su capital el 18 de julio de 1325 sobre la laguna de Tezco-



La diosa Coatlicue, divinidad azteca de la muerte y la fecundidad. (A. Opisso, « Historia de España », ed. Gallach).

co. Culturalmente dependieron mucho de sus antecesores los toltecas, de los que fueron continuadores, sobre todo en arquitectura. Su carácter era sanguinario, y la religión acaso la más cruenta que haya existido, basta decir que hacían a veces la guerra con el solo objeto de procurarse víctimas para sacrificios, y que en la inauguración del gran templo del dios de guerra, en México, fueron inmoladas 10.000 personas.

El templo es continuación del teocalli tolteca. El santuario principal estaba en México; por descripciones y dibujos de códices sabemos que tenía un gran recinto rectangular con pequeños santuarios dedicados a diversos dioses, y en me-

dio el gran templo de Huitzilopochtli, el *Huachilobos* de los cronistas españoles, dios de la guerra y divinidad máxima azteca. Le correspondía un edículo en la plataforma, pero a su dado se alzaba también el del dios de la lluvia, por lo que la escalinata era doble. Famoso fué el templo de Tepoztlán, cuyas ruinas se conservan en forma de tres troncos de pirámide. Otro de los grandes templos fué el de Xoxicalco, que posee una elegante plataforma troncopiramidal con un edículo, cuya parte superior dobla en amplia cornisa, y tiene toda la superficie recubierta de relieves que manifiestan ya influencia maya en las numerosas serpientes emplumadas.



1) Vaso tripodo mixteca (Mus. Nac. México). 2) Plato mexicano antiguo (Mus. Universidad de Pensilvania). 3) Jarro de Cholula, Anahuac, México (Museum für Völkerkunde, Berlin). 4) Recipiente proto-nazca (Mus. de la Universidad de Pensilvania). 5) Recipiente del tipo costero de Pachamac, Perú (M. für Völkerkunde). 6) Vaso incásico ápodo típico, Perú. 7) Otro vaso de Pachamac. 8) Vaso chimbote antropomorfo, Perú (M. für Völkerkunde). 9) Vaso de Tiahuanaco, Perú (M. für Völkerkunde).

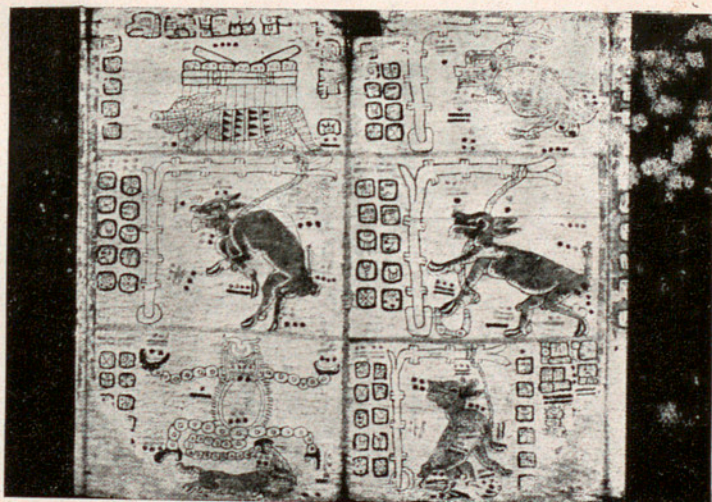
Los aztecas se distinguieron también en la arquitectura civil; son notables sus obras idráulicas y calzadas; y, aunque sean pocos los restos conservados, tenemos noticia de amplios y hermosos palacios. La urbanística llegó a un buen nivel; la capital, México, estaba construída sobre una laguna que desecaron después los españoles, por lo que se la llamaba la *Venecia de América*. Tenía varios puentes que la unían a la tierra, sus calles eran amplias y magnífico el gran templo y el palacio de los Emperadores; tenía además otros muchos santuarios y un recinto fortificado. Quedan de ella buenas descripciones, entre otras la *Carta de Relación* de su propio conquistador, Hernán Cortés.

La escultura tiende a lo caricaturesco y lo feo, con preferencia por lo monstruoso; sus imágenes son peores que de pesadilla, ya que las visiones de ensueño corresponden a imágenes que pueden existir en la fantasía del durmiente, pero ningún civilizado ha tenido tanta imaginación para la más abominable monstruosidad; y, sin embargo, junto a las atrocidades motivadas por razones religiosas existen obras realmente bellas. En lo que podemos llamar escultura exenta, sin olvidar que conserve siempre cierto carácter de relieve en diversos planos, son notables las imágenes divinas, las de aspecto terrible y repugnante; a veces están formadas por una masa de órganos: dientes, garras, huesos, etcétera, que en conjunto recuerdan una forma humana: tal es el caso de la diosa Coatlique del Museo Nacional de México, divinidad de la muerte y la fecundidad. Otra de las más logradas abominaciones aztecas es la de Xolot, conductor de difuntos (M. de Stuttgart), cuyo cuerpo deforme y pesado remata en una calavera con la mandíbula abierta. En el mismo Museo se conserva una gran cabeza de interpretación dudosa, que algunos creen de Coyoxauqui, que a pesar de su aspecto extrano y severo es de mayor humanidad que las anteriores. Dentro del grupo bello hay bastantes piezas, las más famosas por su arte y los comentarios que han provocado son las del *Indio Triste* y el *Caballero Aguila*; la primera era una de las dos que sostenían sendos, estandartes de plumas en el teocalli de Huitzilopochtli; en él existía también una imagen del dios de la guerra, que no se conserva, pero que conocemos por la descripción de Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés; debía pertenecer al grupo de las monstruosas. Pero omitiendo listas de obras, la más bella muestra de la estatuaria mexicana es el *Caballero Aguila*, así llamado porque representa una cabeza de esta ave con el pico muy abierto, que sirve de marco a una cabeza varonil que asoma por él; es de noble factura, gran naturalismo, con los ojos al parecer cerrados y la boca entreabierta; la obra es digna de cualquier buen arte civilizado, incluyendo el griego, y mereció encendidos elogios de Rodin. Junto con el *Indio Triste* es la mejor pieza del Museo de México.

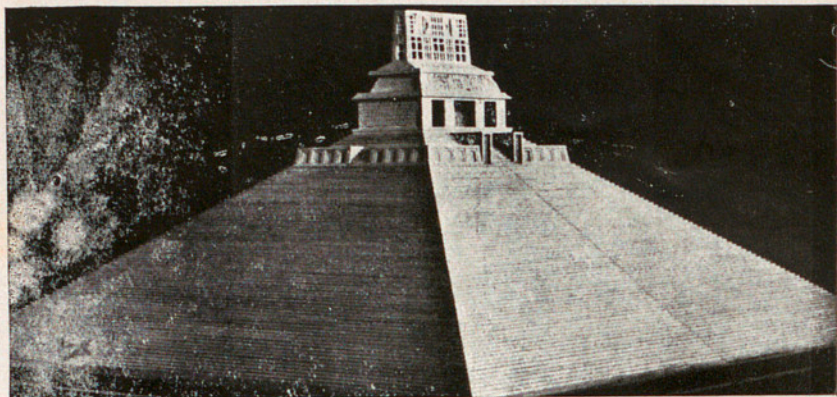
Al lado de la estatuaria pueden estudiarse los *quauxicallis* o vasos rituales donde se depositaban los corazones de las víctimas; es famoso el del jaguar (*ace-*



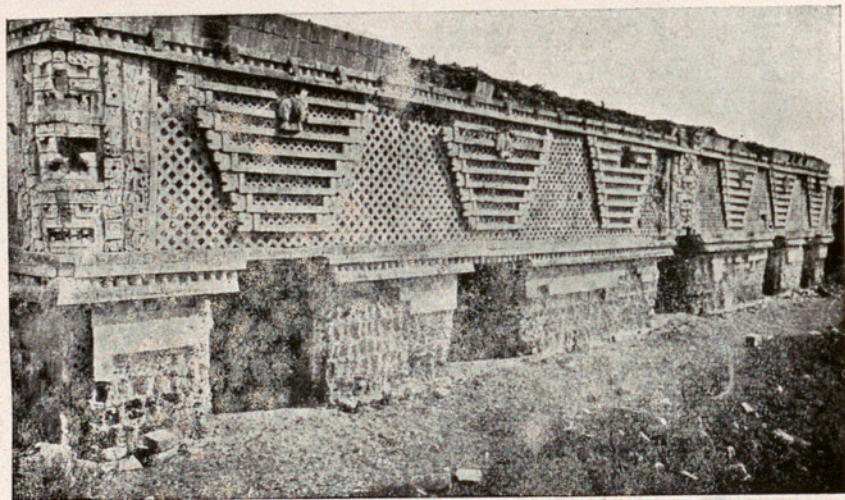
La llamada Estela de Madrid, procedente de Palenque. (Museo de América, Madrid).



*Fragmento de códice maya Tro-Cortésiano
(Museo de América, Madrid)*



Reconstrucción del Templo de la Cruz, en Palenque.
(De la « Historia Universal » del Inst. Ed. Gallach)



La Casa de las Monjas, ruinas de Uxmal (Yucatán).
(De la « Historia Universal » del Inst. Ed. Gallach).

lotl), que es una figura de ese animal de gran vigor y decorativa estilización, en cuyo lomo está el orificio para los corazones. Otros quauxicallis son de forma más parecida a los vasos cerámicos, y se adornan con relieves geométricos o estilizados. Los aztecas practicaron el relieve; uno de los más conocidos es el de la consagración del gran teocalli de México; en él aparecen sus constructores, los Emperadores Ahuizotl y Tizoc. Pero, aparte de las numerosas lápidas, bajorelieves, para templos etc., el más famoso es la *Piedra del Sol* o *Calendario Azteca*; fué encontrada a fines del siglo XVIII en la Plaza Mayor de México y colocada durante un siglo en la Catedral, hasta que pasó al Museo Nacional. Este bloque inmenso, pesa más de veinticuatro toneladas según cálculo de Humbolt, tiene forma cilíndrica de poca altura y de amplia base, y está cubierto per una complicada composición en relieve cuyo centro es un gran sol con la lengua fuera de la boca (*Tonatiuh*). Se creyó que era un calendario, pero se ha demostrado que se trata de un quauxicalli monumental con la representación del sol actual y los cuatro que le precedieron y signos mitológicos relazionados con las ceremonias cruentas: en la plataforma del teocalli se tendía la víctima, y el sacerdote le abría el pecho con un cuchillo de pedernal aprovechando una inspiración profunda; le arrancaba en seguida el corazón en vivo y lo colocaba en la lengua del sol; el cuerpo se arrojaba ascaleras abajo para alimento en la comida sagrada que celebraba el pueblo reunido en la base. La Piedra del Sol se hizo per orden de Axayacatl a fines del siglo XV, y para inaugurarla emprendió una guerra para procurarse víctimas.

Un aspecto original de la escultura azteca y de efecto muy decorativo, es la aplicación sobre las superficies de un mosaico de trocitos de jade, turquesa, oro, obsidiana y otras materias nobles, el efecto es fantástico: así se decoraron máscaras de reyes y sacerdotes, serpientes sagradas y toda clase de esculturas; también craneos humanos.

La pintura azteca y sus derivadas está mal conservada y peor conocida; pero es seguro que en los templos hubo representaciones al fresco en rojo, amarillo y negro, con algo de azul; los ejemplares más importantes hasta ahora son los de Tizatlán, existentes en dos altares de sacrificios, que pueden considerarse dentro de la cultura azteca a pesar de que fueron ejecutados por los tlaxcaltecas. Los caracteres de la pintura azteca, y de la americana en general, pueden estudiarse bien en los códices conservados, que tienen con ella una relación parecida a la que guardan entre sí las miniaturas y las tablas góticas europeas. Los códices americanos son largas tiras de fibra de agave (especie de pita), o de piel semejante al pergamino; se pliegan come un biombo y se protejen con tapas recias, de manera que tienen aspecto de libro. Las figuras son polícromas encuadradas dentro de formas angulosas; se refieren a hecos mitológicos, narraciones históricas y con-

tienen descripciones utilísimas de ciudades y edificios; su escritura es jeroglífica. Los códices aztecas, y todos los americanos (no olvidemos que los mayas son los más importantes), se dividen en dos grupos: uno, pequeño precortesiano; otro, numeroso, de los que siguieron confeccionando en tiempos coloniales. Algunos se enviaron a España y desde aquí se difundieron por Europa. La colección más importante es la del Museo Nacional de México, que consta de más de ochenta, por su importancia para la arquitectura merecen citarse los códices Talleriano, Remense, Borgia y Durán. No debe olvidarse el códice maya Tro-cortesiano (formado por los antiguos Troano y Cortesiano, ahora unificados), que posee nuestro Museo de América, importante por su belleza y por ser uno de los tres únicos códices mayas precolombinos iluminados que se conservan; su texto es el más extenso conocido (tiene 56 hojas, es decir, 112 páginas, supera en más de la mitad a los otros dos: el de París y el de Dresden).

Un bello aspecto del arte azteca son los mosaicos de plumas. Su ejecución era tan paciente que según Clavijero, testigo presencial, la colocación de una pluma requería en ocasiones la atención de un artesano durante un día. Causaron la mayor admiración a los descubridores y a los europeos que después los tuvieron en las manos, entre quienes se cuentan Carlos I, Felipe II y Sixto V. En la época colonial se siguieron fabricando tapices con influencia europea (gótica y renaciente); de entonces es la complicadísima y bella mitra conservada en el Palacio Pitti de Firenze. Son numerosas las referencias que nos quedan de la fabricación de los tejidos de plumas, entre otras la del Códice Florentino y las de los cronistas de Indias. Los aztecas se distinguieron mucho en la industria textil, en la que sobresale el *tilmatli*, manta pequeña de uso indumentario que llegó a ser casi un traje nacional, y en la que la fantasía ornamental y el manejo brillante de los colores intensos mostró toda su maestría.

(Continuaz. del numero precedente)

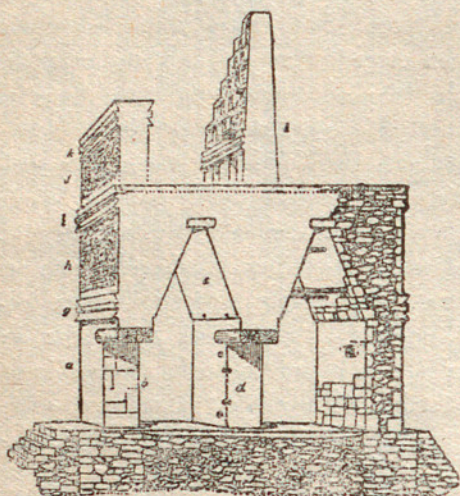
Más pueblos Mexicanos: Mixtecas, Zapotecas y Totonecas — Hemos estudiado la cultura de dos importantes ramas de la familia nahua, los toltecas y los aztecas, y hecho breve referencia a los taxcaltecas; para terminar nos referiremos al grupo que ocupó el actual estado de Oaxaca. La cultura mixteco-zapoteca tiene el inmenso interés de haber creado los célebres palacios de Mitla, una de sus capitalidades religiosas. Estos palacios zapotecas eran en realidad panteones de reyes o personajes importantes (la palabra *Mitla* es azteca; significa: *lugar de la muerte*), aunque también fueron lugar de retiro. Son cuatro y su disposición la de cuatro cuerpos o crugías que dejan en el centro un amplio patio cuadrangular. Faltan en absoluto los vanos y la decoración externa, pero poseen amplia y bella *fachada interior* en la parte que mira al patio. Los cuerpos están formados por una larguísima y estrecha habitación que se ilumina por vanos muy apaisados que se abren al patio; existe después un predominio de la horizontal que se acentúa por el ritmo de la decoración, logrando el conjunto un eferto de gran elegancia y serenidad. Las techumbres se han hundido, pero afortunadamente se conserva una pequegna maqueta que muestra techos planos apoyados sobre columnas cilíndricas disminuídas en la parte superior. El aparejo es de piedra de la mayor calidad, y su talla y ajustes excelentes han provocado la admiración de los arquitectos modernos. Los cuerpos no estaban al nivel del patio, sino sobre un basamento que dejaba ante la fachada una larga terraza desde la que se descendía por escalinatas muy inclinadas.

La decoración es bellísima y parece insuperable con elementos puramente geométricos; todas sus líneas son rectas, predominan los ángulos de 90° y sus visectrices; los temas se distribuyen en tableros y forman grecas, losanjes, cuadrados, rombos, etc., dando en conjunto la impresión de un tejido en relieve; a nosotros nos recuerdan mucho estos temas los empleados por los aztecas en sus telas de algodón. Aunque no podamos entrar en detalles deben recordarse los famosos frescos de los palacios de Mitla que son de lo más notable de la pintura precolombina. La cronología de estos monumentos es muy dudosa, como sucede casi siempre en América, sin embargo, los autores coinciden en hacerla anterior al siglo V después de J. C.

El arte totoneca produjo una serie de estatuas, especialmente cabezas, muy curiosas; tienen las facciones anchas, cráneo esférico que casi siempre cubren con un raro tocado de motivos geométricos; llevan diversos adornos, como zarcillos; pero lo más curioso es su extragna expresión sonriente que se ha comparado con la llamada *sonrisa arcáida* de la estatuaria griega; pero a nosotros esa sonrisa enigmática, junto con los ojos oblícuos de tales figuras, nos recuerda más bien la conografía oriental.

El arte de los Mayas — Ninguna cultura americana supera a la que de-

sarrollaron los mayas, a quienes se ha llamado los griegos del Nuevo Mundo. Debieron bajar a México desde el N. ocupando el S. E. de la península de Jucatán hacia el 700 a de J. C., fundándose entonces sus dos grandes ciudades: Cichén - Itzá y Uxmal; Palenque y Copán datan del siglo V o VI, y otras, como Piedras Negras o Naranajo, del VI al VII; desarrollaron una gran cultura y se corrieron por Centroamérica hasta Honduras y Guatemala. A fines del siglo IX abandonaron Chichén-Itzá y emprendieron una larga peregrinación de cuatro centurias, al cabo de las cuales volvieron a ella, e hicieron una alianza entre las



Estructura del edificio maya. a) pared maestra. b) puerta de entrada. c) bóveda falsa. d) puerta de comunicación, g), i), k) molduras y cornisa. h) entablamento decorado. f) fachada volada con ornamentos. l) peine ornamentado. (j y l se excluyen mutuamente en un mismo edificio) (Según Holmes).

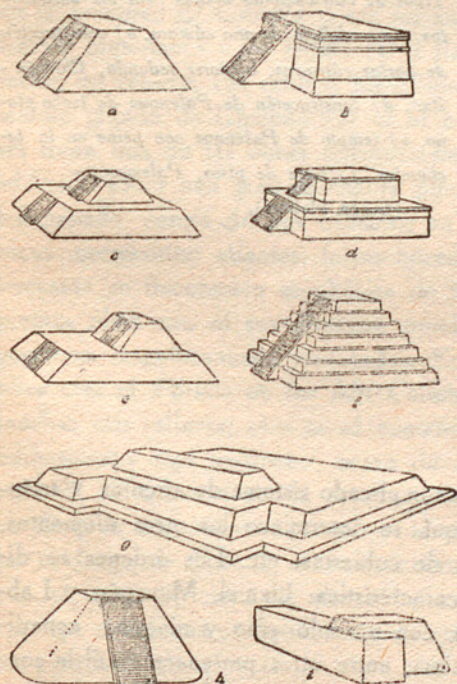
grandes ciudades mayas (Mayapán, Uxmal, etc.), sobreviniendo un período de esplendor de más de doscientos años, a cuyo término se inició la decadencia en que los encontraron los españoles. La gran peregrinación separa los dos períodos llamados Imperio Antiguo y Nuevo.

Los mayas consiguieron grandes progresos en la arquitectura y urbanística; su territorio (Jucatán, Tabasco, Campeche, Belice, Guatemala, Honduras) está sembrado de ruinas de ciudades que entre las estudiadas y las hundidas en la selva se calculan en un mínimo de medio centenar. Citaremos Palenque, Copán, Tical, Naranjo, Piedras Negras, Quirigué, Yaxchilán, Mayapán, Uxmal y Chichén-Itzá; esta larga lista de ciudades de primera categoría da idea de la importancia urbanística de los mayas.

La arquitectura maya tiene caracteres muy reglamentados, por lo que se la compara con la griega e incluso se habla de órdenes. Es adintelada, es decir, no usa arcos, bóvedas ni cúpulas; no obstante emplearon el arco y la bóveda falsa, que tenían perfil apuntado característico. Las columnas eran prismáticas; escaseaban las cilíndricas en funciones constructivas, pero se usaron como ornamento adosado a las fachadas; también emplearon los atlantes, figuras humanas o semihu-

manas que sostenían partes, secundarias por lo general, de los edificios. La primitiva construcción de madera se tradujo en piedra, como en otros tantos sitios del mundo. y originó parte de la temática ornamental. Mucho se ha hablado acerca de la importancia de la cabagna primitiva en cuanto al ritmo general del edificio de piedra maya; no entraremos en quintaesencias, pero notamos que las cresterías sobre las cubiertas, y las abundantes columnillas cilíndricas adosadas a los muros exteriores, son recuerdos de las primitivas paredes de troncos juxtapuestos; esas columnitas llenan a veces toda la fachada o una gran parte de ella, pero frecuentemente se las hace alternar con pilastras u otros motivos que logran efectos estéticos muy felices. Elemento muy característico era la crestería que montaba la techumbre, típica y de bello efecto; se llama *peine* si está en el centro; a veces es simple continuación del muro delantero, es decir, como una fachada volada; su estructura es bastante compleja.

Las formas fundamentales son troncopiramidales con grandes escalinatas, como hemos visto en otras culturas, pero aquí se enriquecen con volúmenes prismático rectangulares y cilíndricos, bien solos, bien combinados entre sí. Hubo altos basamentos y las escalinatas se inclinaban fuertemente hacia la vertical; estos basamentos eran entre los mayas de planta muy complicada e irregular, aunque siempre con ángulos rectos. Los edificios principales eran los templos, palacios y

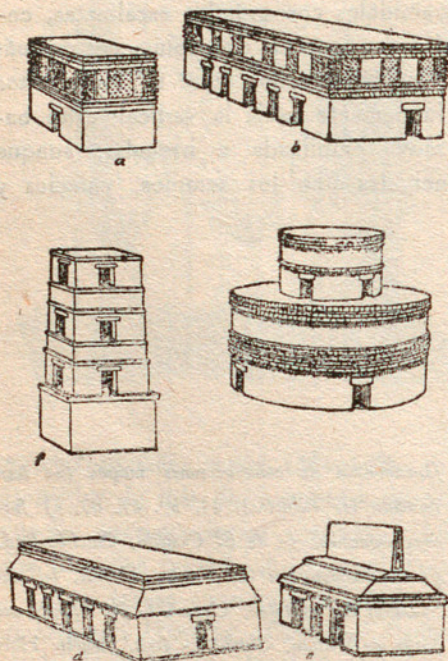


Basamentos de construcciones mayas (se han omitido los edificios). a), b), c), d), e) formas comunes. f) de El Castillo, Chichén-Itzá. g) del Palacio del Gobernador, Uxmal. h) del Templo del Adivino, Uxmal. i) del Templo del Juego de Pelota, Chichén - Itzá. (Según Holmes).

algunos civiles, como los juegos de pelota. El material usado era piedra de buena talla profusamente decolorada. Esta ornamentación, hecha directamente en la

piedra o sobre estuco, consistía en las columnillas citadas con diversos variantes (fustes anillados, por ejemplo), y en las figuras geométricas y cuadrículadas tan típicas de la ornamentación americana, que cubren totalmente los paramentos con un primitivo horror al vacío. Con la decoración geométrica alternaban frecuentemente los motivos zoomorfos, serpientes plumosas y grandes mascarones. El edificio maya, con sus numerosas celdas, da una impresión marcadamente monástica.

Mucho se ha discutido el problemas de los llamados órdenes mayas. Su sistematizador fué Amabilis, quien dividió la arquitectura de este pueblo en tres órdenes principales, a los que se han agnadido otros secundarios; pero las diferencias no son tan canónicas, marcadas y personales como en Grecia, por lo que para muchos no son órdenes propiamente dichos, sino simples grupos estilísticos. Las proporciones del orden se determinan tomando por base la anchura del edi-



Tipos de edificaciones mayas (sin los basamentos). a) edificio de una cámara. b) construcción de varias cámaras. c) torre redonda, Chichén-Itzá. d) construcción de Palenque de techo plano. e) templo de Palenque con petne en la techumbre. f) torre de pisos, Palenque).

(Según Holmes).

ficio y la elevación de sus vanos, y por un complicado sistema de círculos y triángulos, de cuya descripción prescindimos aquí, se determinan los otros elementos, como la anchura de los muros, inclinación de cubiertas, etc. Los órdenes se distinguen con el nombre de una localidad característica: Uxmal, Mayapán y Labná. El de Uxmal es de plan muy sencillo, con un solo piso y ninguna agnadura superior; pero su decoración es riquísima; entre otras pertenecen a él la construcción llamada *La Iglesia*, en Chichén-Itzá. El orden de Mayapán se llama así por ser típico de la época de la Confederación de dicho nombre, y marca el punto más brillante de la arquitectura maya; es más sobrio en proporciones y de-

coración que él de Uxmal; su ejemplo típico es la *Casa Roja* de Chichén-Itzá. El orden de Labná tiene un entablamento muy reducido, y su más bello representante es el arco que le da nombre.

Es imposible enumerar siquiera brevemente el conjunto inmenso de ruinas mayas. Del Imperio Antiguo son las de Palenque, Copán y Tical; las primeras están formadas por media docena de edificios o islotes de ellos, llamados *Templos del Sol*, de las *Inscripciones*, etc., y el *Gran Palacio*.

Del Imperio Nuevo son Uxmal, Labná y Mayapán; en los restos de Uxmal son famosas las construcciones llamadas *Casa de las Monjas*, la *Casa del Adivino* pirámide escalonada de unos veinticinco metros de elevación, y el *Gimnasio*.

En Labná debe recordarse de nuevo el arco a puerta que a dado nombre a un orden. Pero las ruinas más importantes son las de Chichén-Itzá, que se extienden sobre una amplia superficie de unos ocho kilómetros cuadrados. Fué fundada hacia el siglo V o VI de nuestra Era, y pasó por numerosas vicisitudes, siendo abandonada, destruída y vuelta a reedificar. Tuvo el edificio llamado *Observatorio* (los mayas fueron casi comparables a los caldeos en observaciones astronómicas), y el conjunto de sus ruinas sobrepasa las cuarenta edificios. El templo principal es *El Castillo*, dedicado a Kukulkán, pirámide de sesenta metros de elevación distribuídos en nueve cuerpos, fuertemente influída por el arte tolteca, y por tanto un verdadero teocalli; pero en lugar del poble edículo que solía tener el teocalli en la cumbre, *El Castillo* posee en su terraza un verdadero templo maya. Otro templo importante y no lejano es el llamado de los *Tigres*, a causa de su decoración en relieve; sus estucos historiados se han hecho muy famosos. El tercer templo grande de Chichén-Itzá es el conocido por *Templo de los Guerreros*, y es sin duda una de las obras artísticamente más completas de la arquitectura maya; edificado sobre una gran estructura piramidal con su correspondiente escalinata y balaustrada, consta de dos cámaras; en él aparecen muchos elementos arquitectónicos interesantes: atlantes, falsas bóvedas, recias columnas; pero no es meno interesante su decoración escultórica de fantásticos y polícromos mascarones y serpientes plumosas, ni sus pinturas; precisamente recibe su nombre de un friso de guerreros magníficamente ejecutados. Entre los edificios que pudiéramos llamar civiles está el *Pórtico de las Mil Columnas*, por las numerosas pilastras que posee, muchas con relieves; otro es el conocido por *Palacio de las Monjas*, conjunto de edificaciones algo impreciso, acaso de carácter oficial; el *Observatorio*, llamado también *El Caracol* por la escalinata helicoidal que posee, es un edificio cilíndrico de gran elevación dispuesto en terrazas. Como construcción deportiva cabe citar el *Juego de Pelota*, especie de estadio de ochenta metros de lado y cercado por un muro de cinco de elevación; en él se disputaba un juego de pelota en que los contrincantes debían hacerla pasar por una extragna portería formada por un gran arco de piedra.

La escultura maya quedó reducida casi al relieve, y éste se usó con preferencia para la decoración arquitectónica: dinteles, placas, frisos, pilastras y numerosas estelas. Los materiales fueron piedra y estuco; también la madera, que pa-

rece fué la primeramente empleada, y cuya técnica influyó artísticamente sobre la talla de las otras dos. Le escultura exenta fué más escasa y de calidad estética inferior, mientras que en el alto y bajo relieve alcanzaron tal perfección que se les ha comparado a egipcios y mesopotámicos. Las figuras de dioses se esculpían bajo apariencia animal; pájaros y reptiles; para reyes, sacerdotes, etc., se conservaba la figura humana, aunque toda ella tenía frecuentemente un ritmo que recordaba él de los reptiles. En cuanto a elementos decorativos, en el Imperio Antiguo hubo predominio de los temas naturalistas, y en el Nuevo de los geométricos. Las piezas más abundantes de la escultura maya son las estelas, prismas monolíticos rectangulares de hasta cuatro metros de altura, materialmente cubiertos de relieves de valor jeroglífico llamados *Katunes*, que dejan en el centro espacio para un personaje o escena de gran tamaño. Algunas estelas eran conmemorativas de reyes, hechos históricos o ceremonias religiosas; pero son frecuentísimas las que tienen significación cronológica, ya que según parece las elevaban como hito en lapsos regulares de tiempo. Las localidades más ricas en estelas son Yaxchilán, Copán, Quiriguá, Piedras Negras, Seibal; de Tical procede la más antigua, de comienzos del siglo III d. de J. C. En nuestro Museo de América se guarda una de estas piezas, la interesante *Estela de Madrid*, procedente de las excavaciones emprendidas en Palenque por el Presidente de la Audiencia de Guatemala en 1785.

En la escultura exenta hay que citar la serie de figuras de un extrano personaje medio recostado, con las piernas encogidas y el rostro vuelto, que se denomina con el apelativo de Chac-Mool, que se creen cremadores de incienso, aunque no está ni mucho menos claro su significado dentro del arte maya.

Pieza notabilísima es la llamada *Cruz de Palenque*, que era una placa de piedra que ornamentaba la cámara de un templo de dicha ciudad; el nombre de cruz obedece al tema central, cruciforme, formado por un árbol y otros elementos al que parecen rendir culto dos personajes situados simétricamente a los lados.

También produjo obras notables el pueblo maya en la pintura, especialmente en la aplicada a la ornamentación mural. El procedimiento era el fresco, y el colorido muy rico, pues se empleaban gran diversidad de tonos, siempre enteros, pero de gran variedad de matices dentro de cada color, incluso se usaron grises, rosas, salmón, etc., cosa extrana en las paletas primitivas; algunos son de gran hermosura y han perdurado hasta la actualidad bien conservados. Los colores se aplican con sentido realista, poco frecuente también en el pintor primitivo, con excepción de la tierra, que por contraste con las aguas, si las hay en la composición, se pinta de color rojo; pero también se emplea el verde tratándose de campañas. La entonación del conjunto es muy fina y abundan las escenas de toda clase, pero la composición adolece de falta de unidad, al estilo de un relieve romano, por ejemplo, y las figuras se distribuyen entre casas, árboles y animales, con un sentido semejante al que dan los signos a sus dibujos iluminados; los mayas, como éstos, también repasaban los contornos de sus figuras con una línea oscura. Son característicos los árboles de tronco bifurcado sosteniendo en cada



Cantimplora maya de barro cocido y decorado con una figura incisa trazada en fresco.

(Colección de D. Ignacio Brugueras, Barcelona).

Figurillas mayas de barro cocido, acaso dos ídolos o fetiches.

(Colección de D. Ignacio Brugueras, Barcelona).



rama una copa. Falta la perspectiva y el claroscuro: los objetos aparecen rebatidos contra el suelo: hay predominio de la ley de la frontalidad, sobre todo en escenas acuáticas, en que aparecen naves y animales vistos por transparencia y rebatidos, con un sentido ilógico que recuerda por cierto las escenas similares de los asirios. Los frescos más notables son los de Chichén-Itzá; en el Templo de los Guerreros aparecen escenas de la vida diaria, y también religiosas y de sacrificios; en él de los Tigres se ha hecho famosa una composición que se interpreta como ataque a una ciudad.

Uno de los aspectos más interesantes del arte maya es su cerámica. No es que pueda compararse con la excelencia de algunos vasos mexicanos, y menos a los maravillosos huacos modelados por los chimúes del Perú; pero en interés anecdótico, en inventiva, en imaginación fresca y desbordante, son acaso los más curiosos de la América precolombina. La calidad del barro empleado, sobre todo en la última época, es bastante basta, y su color algo parduzco y sucio le da un aspecto casi de piedra volcánica, aunque en algunos casos brilla como si estuviese pulido; pero muchas veces no es en la belleza externa del material de la obra donde debemos buscar su encanto, sino en el ingenio del artista. En dos grandes grupos podemos dividir la obra de tierra maya: él de formas cerámicas propiamente dichas, y el figurado. El primero lo forman piezas que podemos llamar escudillas, ligeramente acampanadas, y los grandes vasos de boca ancha y concepción aproximadamente cilíndrica, aunque sus perfiles raramente son rectos, y casi siempre tienden a las curvas cóncavas o convexas poco acentuadas. Algunos tenían tapadera, y casi todos un repié circular o tres pies, que adoptan formas simples, pero muy variadas.

La decoración de estas piezas seguía varios procedimientos: la pintura, puede decirse que casi el estuco, el grabado inciso sobre la pieza fresca, antes de cocer, y el relieve, bien hecho directamente sobre el mismo barro, o mediante la aplicación de porciones de masa al cuerpo principal del cacharro. Los vasos decorados con relieves, sobre todo los más antiguos de buena época, son de una belleza extraordinaria y de una ejecución detallista que no produce enojo gracias al movimiento rápido de los personajes. Son pé obras auténticamente barrocas, de ese barroquismo vivo, intenso, casi tentacular que caracteriza tantas obras mayas.

No insistimos en los recipientes pintados, casi siempre en forma de escudilla o de cuenco, o del tipo cilíndrico, pues tendríamos que repetir lo dicho para la pintura monumental. Son bellas piezas policromadas en ocre, rojo, siena, amarillo, negro y blanco, y con menos frecuencia con verde y azul. Los temas son grandes fajas concéntricas de grecas que delimitan una zona donde se desarrolla un friso historiado con jerarcas, guerreros, sacerdotes, etc.

Dentro de los recipientes merecen mención aparte los de forma ovoide alargada, sostenidos por tres pies huecos en forma y tamaño de huevo, a los que se dió en fresco unos cortes que además de decorarlos, impidieron que, durante la cocción de la pieza, la dilatación del aire interior por efecto del calor los hiciese estallar como burbujas; tales orificios se dejaban frecuentemente en todas las pie-

zas cerámicas donde era de temer una deformación por esos aumentos de volumen caloríficos. Otro tipo es la cantimplora, con un aspecto de europeísmo y modernidad que causa hoy verdadera extraneza. Los dos modelos reseñados solían decorarse pobremente con incisiones representando personajes, a veces verdaderas caricaturas, o simples signos ideográficos o cronológicos.

Pero lo que más llama la atención son las figurillas sin sentido utilitario, como los recipientes, y que eran sencillamente objetos de culto o adorno, y a veces también mágicas; solían tener de 10 a 20 centímetros en su dimensión máxima, y no sobrepasaban el medio metro. Algunas son vasos modelados externamente en forma de cabezas, personajes o animales, que caen en las más curiosas estilizaciones que es posible imaginar, con marcada tendencia por las figuras geométricas abstractas. Otras veces un vaso simple y geométrico, un tetraedro por ejemplo, se anima en una de sus aristas por una iguana trepadora del más espontáneo naturalismo. En todas esas combinaciones se observa un raro juego y dominio de las ideas, unas relaciones curiosísimas entre ellas y las formas, capaces de figurar entre las más originales concepciones de nuestros actuales surrealistas.

Entre las terracotas puramente escultóricas, sin capacidad para contener líquidos, se cuentan innumerables idolillos y fetiches, personajes sentados casi a la turca, con peinados, joyas y signos raciales, sobre todo narices, muy característicos que deben ser jefes o sacerdotes; no faltan figuras populares y de género, como bailarinas o nigeras. Algunas de estas figuras sirven como silbatos. Todos estos tipos abundan en la espléndida colección de D. Ignacio Brugneras, de Barcelona, la más importante de España en su especialidad.

Este es el bosquejo general de un arte cerámico bello y vital, que pese a la decadencia y degeneración en que cayó el pueblo maya en tiempos ya anteriores al Descubrimiento, se aferró tenazmente a la existencia, y produjo hasta última hora piezas que admiran por su estética o, al menos, por su ingenio.

(Continuazione del numero precedente)

De intento hemos dividido América en dos grandes regiones artísticas: Norte y Sur, incluíendo en la primera la cultura maóa, que en realidad es el núcleo de otra región, la de América Central; pero la circunstancia de extenderse también por el N., de tener importantes proyecciones hacia el S. y de estar intercaladas en el Istmo otras culturas mucho más primitivas, nos ha inclinado por razones de comodidad a esta división arbitraria. Así como en el N. los aztecas fueron el elemento principal (sin olvidar la tradición tolteca que recogieron), y en el Centro los mayas, en el S. las culturas más importantes giran en torno al Perú, entendiéndo éste como unidad mucho mayor que la presente; el arte preincaico y el inca propiamente dicho llenaron extensas comarcas con su refinada civilización, que se extendió a numerosas y apartadas regiones, incluyendo el actual Chile.



Vasija de oro del Tesoro de los Quimbayas, que algunos autores sitúan entre las grandes culturas precolombinas, dada su perfección y antigüedad. (Museo de América, Madrid).

El arte preincaico — En América del N. existe cierta confusión para el no iniciado, que suele creer a los aztecas autores exclusivos de una brillante civilización, pero ya hemos visto el papel que en ésta jugaron los toltecas; en el S. sucedió algo semejante: antes del llamativo Imperio de los Incas hubo otras culturas de interés no inferior, y a las que debe gran parte de su formación estética. Se acostumbra formar dos zonas con estos pueblos: la de la Costa y la de la Sierra; con tres grupos étnicos principales: los quechúas, antis y yuncas, habitantes respectivamente de los Andes, las regiones selváticas y la costa del Pacífico. Entre los grande reinos merece citarse por su importancia artística el del *Gran Chimú*, situado hacia el N.

El núcleo más importantes de las ruinas de la región de la Sierra son las de Tiahuanaco, junto el lago Titicaca (Bolivia); su monumentalidad es impresionante, téngase en cuenta que algunos de los bloques empleados pasan de las ciento cincuenta toneladas; su cronología es dudosa, pues mientras unos las hacen incas, otros les atribuyen mochos miles de años; la tendencia general es hacerlas, sin exagerar, muy antiguas

La arquitectura de Tiahuanaco tiene dos períodos; en el primero se utilizó la piedra blanda, siendo típica una fortaleza que en parte aprovecha una colina natural a la que se agnadiaron grandes muros, llamada por ello *Cerro Artificial*. El segundo período acusa un arte más depurado, se emplearon piedras muy duras y grandes, cuyo acarreo y talla son dos problemas aún insolubles; los grandes bloques se trababan con grapas de bronce, metal que se usó mucho en este período. La construcción más notable es el llamado *Palacio de Kalasasaya*, edificio inmenso rodeado por un amplio recinto murado, y del que quedan algunas pilastras prismático-rectangulares; no menos importante es el *Arco* o *Puerta del Sol*, uno de los más bellos y conocidos de la América precolombina, y sobre el que tendremos que insistir por su gran importancia decorativa; de su monumentalidad da idea el hecho de estar tallada en un sólo bloque de casi tres metros de altura, cuatro de ancho y medio de espesor.

Suelen distinguirse dos períodos en la escultura de Tiahuanaco, el primero naturalista y el segundo estilizado; pero el naturalismo es muy relativo y poco conseguido, apenas llega al de las grandes esculturas hititas; ejemplo son las dos esculturas monolíticas, como casi todas las de la época, colocadas ante la puerta de la iglesia del pueblo actual de Tiahuanaco; al segundo momento pertenecen esos grande bloques (el conocido por *El Fraile*, tiene siete metros de altura), con extragnas facciones angulosas, los ojos especialmente, y tocados muy característicos. Pero toda esta estatuaria posee poca belleza y mucha imperfección técnica. No sucede lo mismo en los relieves que divididos en cuatro frisos cubren gran parte de la Puerta del Sol; tienen hermosa y complicada factura, y entre ellos destaca una figura antropomorfa formada por la más abigarrada yuxtaposición de otros elementos (cabezas sueltas, etc.), de carácter religioso o totémico.

En la misma región del Titicaca existen unos curiosos monumentos llamados *chulpas*, que consisten en torres de planta circular con una puerta, construídas con



El vaso Blamey, una de las piezas más características de la cerámica dracónica diaguito-calchaquí.

*Huaco o vaso chimú, costa N. del Perú.
Museo de la Plata (Según F. Marquéz).*

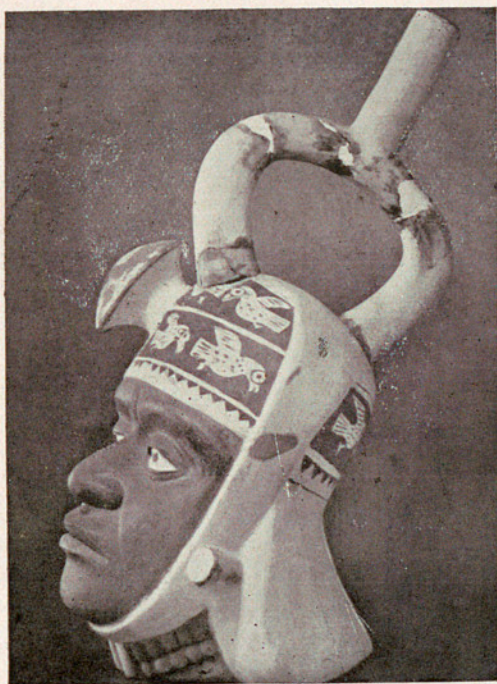
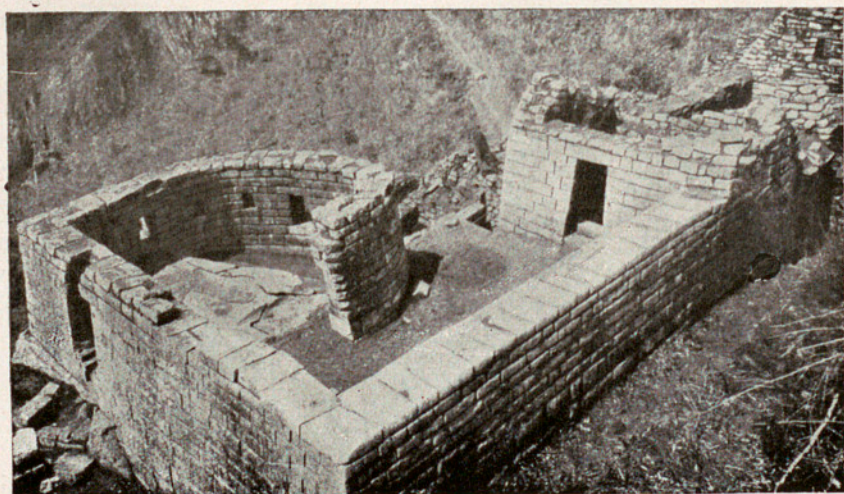




Figura inca de barro cocido
(Museo de América, Madrid).



La Gran Torre, en las ruinas de Machu - Pichu.
(De la « Historia Universal » del Inst. Ed. Gallach).

excelente aparejo de piedra; dentro tienen cámara de falsa bóveda, pero lo más curioso es que adopten forma troncocónica invertida, es decir, que sean más anchas por arriba que en la base; cerca del remate corre una amplia moldura lisa; una de estas torres tiene doce metros de elevación. Es casi seguro que su destino fué sepulcral.

No son éstas las únicas culturas de la Sierra; importantísimas son, aunque no podamos detallarlas aquí, las de Recuay y Chavín, notables por la bella y estilizada técnica ornamental; de la última procede el célebre monolito Raimondi (conservado en Lima), con una figura mixta, humana y zoomorfa, y una interminable e inverosímil teoría de cabezas y garras en la parte superior.

Entre la cerámica de la Sierra es notable la de Tiahuanaco, cuyos vasos tienen a veces decoración mixta: plástica en parte, pintada en otra, predominando aves y jaguares: de éstos y otros felinos se conocen cabezas sueltas de terracota, cuyas formas angulares recuerdan las hititas; contrariamente a la escultura en piedra, tienen un hermoso valor decorativo.

En la Costa encontramos un ambiente artístico muy diferente. Persisten en arquitectura las grandes construcciones de carácter ciclópeo, pero de eso ciclópeo americano mucho más pulido y perfecto que el de Europa; en éste parece que tal calificativo vaya unido a la idea de labra imperfecta, o carencia de ella. Los yuncas fueron protagonistas de este arte magnífico. La arquitectura religiosa siguió la tónica general americana de la pirámide de cuerpos con escalinata monumental, y aprovechamiento frecuente para su construcción de accidentes naturales debidamente modificados; tal es el caso del templo de Lurín o Pachacamac, no lejos de Lima, con la novedad de tener en la terraza filas de celdas para los monjes. La arquitectura militar fué acaso la más formidable de América y una de las mayores del mundo; basta como ejemplo la *Fortaleza*, en Paramonga, cuya formidable masa se une a la vieja ciudad de Chanchán por una muralla que desde antiguo se compara con la china, pues aunque es mucho más corta, ya que tiene sólo medio centenar de kilómetros, es semejante a ella en robustez y cruza directamente las montañas más elevadas de la región. La citada ciudad, capital del Gran Chimú, puede ponerse como ejemplo de la urbanística de la Costa; su extensión es enorme y el vasto campo de las ruinas contiene innumerables restos de palacios, edificios públicos de toda índole y hasta baños, muy frecuentes, que recuerdan las costumbres romanas; estaba cerrada por un muro. Complemento de este tipo de gran urbe fueron las obras hidráulicas, comparables también a las de Roma, en las que los chimués fueron maestros. Los materiales de construcción fueron la piedra en los grandes paramentos y obra lujosa, y el adobo sólo o combinado con piedra para las más pobres y las casas particulares; la madera se usó como material suplementario. La decoración se conseguía por combinaciones de ladrillos o adobes salientes, algo semejante a la decoración mudéjar, aunque con otro sentido decorativo. Se usó la pintura sobre estuco, de la que quedan restos en Paramonga y Chanchán.

Pero la gran producción artística de la Costa, de innegable e imperecedero

valor estético, es la cerámica. Se la divide en dos grupos principales: la chimú, en la costa peruana del N., y la nazca, en la del S.; la belleza de los motivos y el espléndido colorido de estas cerámicas las acerca mucho al nivel de los vasos del Mediterráneo antiguo, aunque reconociendo que las formas de nuestro viejo mar son mucho más elegantes. La cerámica chimú, o protochimú, que con ambos nombres se la conoce, procede de las sepulturas, *huacas*, de los desiertos de la costa peruana; su destino debió ser por tanto eminentemente funerario, como confirman muchas formas inadmisibles para un fin práctico. Sus orígenes son muy oscuros; desarrollada desde el siglo IV a VII-VIII d. de J. C. en la región de Viru, Trujillo especialmente, Chao, etc., tuvo fuertes repercusiones y perduró después del Descubrimiento. Admira la perfección de sus formas, a pesar de no estar hecha a torno, que no se usó in América por desconocimiento de la rueda hasta la llegada de los españoles; y todavía siguen trabajando muchos indios sus cacharros con la mano. Abundan las formas plásticas. Se trata de cerámica escultórica; es típico un tubo curvado en forma de asa, y que efectivamente tiene tal uso, de cuyo trayecto sale otro tubo, más corto, por donde se vierte el líquido.

Los temas esculpidos varían mucho: los humanos representan torsos y más frecuentemente cabezas que ocupan todo o parte del recipiente; en otras ocasiones son de animales, pero abundan los frutos que por su forma globular de adaptan muy bien a los tipos panzudos de esta cerámica; son famosas por su elegancia las que representan higos. Las vasijas son de fuerte naturalismo; y las de forma de cabeza, que son funerarias, tienen un realismo y personalidad tan grandes en el retrato, que no dejan nada que envidiar al retrato romano. Los colores más utilizados fueron el rojo, blanco y negro, éste para pequeños detalles, dintornos y contornos; la tonalidad dominante es llamativa y clara; el rojo adquiere por circunstancias de cocción los más diversos matices imaginables. Aparte del coloreado de las vasijas plásticas, se decoraron las panzas con dibujos cuando son libres y lisas, consiguiéndose en ellas escenas de la vida humana del más vivo naturalismo.

La cerámica nazca es más reciente que la chimú, de la que en cierto modo deriva o se deja influir. Contrariamente a la del N., escultórica, es pictórica por excelencia; emplea una gama algo más completa, aunque limitada, pues el rojo, negro y blanco, agnada el amarillo, castaño y a veces algún otro color; el negro sirve para separar los contornos, con lo que se consigue como un efecto de dibujo de vidriera, que es muy característico de la cerámica nazca. Los temas son variados, con abundancia de cabezas humanas débilmente plásticas en ocasiones por influencia chimú, divinidades y toda clase de seres: plantas, peces, pájaros, etc., en éstos, al lado del naturalismo que hemos visto en el N., aparecen estilizaciones angulosas y geometrizarantes de gran efecto decorativo. Las formas son más variadas, pues además de vasos globulosos y cilíndricos, se emplean tipos abiertos que van desde las pateras o las escudillas hasta los recipientes profundos y de boca ancha. En típico el cántaro con dos pitorros unidos por un asa, variante de la clásica forma chimú.

En la costa peruana estuvo desarrolladísima la industria textil, que siempre tenía carácter de artesanía familiar; utilizaron solo algodón, que crecía en la propia costa y la lana procedente de animales de los Andes: vicugna, llama y alpaca. La variedad de técnicas fué grande; admira la perfección de los tejidos de hasta casi cuatro metros de ancho; confeccionados en pequeños telares hogareños. Con procedimientos elementares se hicieron tapices, fajas, vestidos, etc. Las fibras se teñían con brillantes colores combinados con arte exquisito. Las telas han llegado hasta nosotros en buen estado en las huacas o sepulturas con el cadáver momificado por el clima seco y terreno arenoso donde están emplazadas.

El arte de los Incas — Después de las culturas que venimos reseñando se formó en el antiguo Perú y tierras limítrofes, el viejo Tahuantinsuyo o Imperio Inca, un poder fuerte y unificado con capital en El Cuzco; fué el que encontraron los españoles a su llegada. Los orígenes de esta monarquía están envueltos en leyendas históricas de interpretación oscura, como las del Diluvio y de Manco Capac; pero tenemos que prescindir aquí de la historia de este Imperio, con sus catorce emperadores hasta la conquista, para entrar enseguida en su arte. El ambiente general es rico, pero menos brillante que el de otras grandes civilizaciones americanas ya estudiadas; sólo la arquitectura inca es comparable a ellas, pero ni aún así encontramos nada semejante en cuanto a belleza con la Pirámide del Sol o los Palacios de Mitla.

Pero si no en belleza, al menos en técnica la arquitectura peruana es una de la más interesantes del Nuevo Mundo. Sus particularidades son muy acusadas; el aparejo puede ser de dos tipos: poligonal o isódomo. El poligonal recuerda el ciclópeo, pero con la notable diferencia de tener las juntas perfectamente pulidas y ajustadas, aunque la superficie exterior sea de un trabajo muy somero; son curiosos unos mamilones en forma de pezón que se hallan repartidos irregularmente por toda la superficie, y cuya utilidad se ignora; este aparejo es muy irregular, los grandes bloques casan con piedras pequeñas y sus ángulos son entrantes y salientes: es célebre por su encaje la llamada *piedra de los doce ángulos* de un palacio de Cuzco. El otro tipo de aparejo es el isódomo o regular, que recuerda el romano, aunque es algo menudo y de juntas más perfectas, tanto, que a veces resultan casi invisibles, causando la admiración de los modernos historiadores de la arquitectura; los bloques sientan en seco, es decir, sin argamasa ni mortero.

El muro es el elemento principal de la arquitectura peruana, que domina sobre la relativa escasez de vanos; éstos son trapezoidales y con dinteles monolíticos, a veces tienen un doble plano, esto es, como dos vanos superpuestos, el exterior ancho y ciego y el interno más estrecho y practicable. La monotonía del muro se aligera con falsos huecos que rompen la pesadez del paramento y cumplen un fin decorativo. Las plantas son rectangulares, con ángulos redondeados; en el templo del Sol del Cuzco, hay una parte semicircular, que también abunda en construcciones de carácter astronómico. Los muros debían tener de diez a quince metros de altura media, y las cubiertas, en contraste con ellos, eran sim-

plemente de madera y paja, aunque tan resistentes que alguno llegó sin reparar hasta fines del siglo pasado. Consecuencia fué el casi desconocimiento de pilares y columnas. La planta rectangular incluía un patio central de la misma forma, al que se abrían todas las habitaciones. Para terminar este resumen de características diremos que los edificios inca fueron clasificados por Markhan en cinco estilos, en cuyo detalle no es posibles entrar, ni es tampoco muy admisible tal división, ya que se trata sencillamente de grupos sin mayor trascendencia, o estadios sucesivos de evolución.

El edificio religioso más importante es el *Templo del Sol*, en Cuzco; era



Animales polícromos estilizados, procedentes de temas decorativos de la cerámica peruana (Para reproducciones en color, véase: d'Harcourt: « La Céramique Ancienne du Pérou »).

bastante complicado, pues tenía patio rectangular con fuente y a él se abrían santuarios y capillas de divinidades menores, encontrándose en la cabecera el verdadero templo del Sol, que exteriormente adoptaba la forma de semicírculo a que aludimos más arriba; poseía además numerosas dependencias y un formidable recinto murado. Cerca de él está la *Casa de las Elegidas*, donde vivían las doncellas consagradas al culto, especie de vestales al estilo romano. El Sol tenía también otro templo famoso en una isla del lado Titicaca.

Pero los monumentos incas más impresionantes son sus formidables fortalezas; la principal es la de Sacsahuman, en Cuzco; esta especie de ciudadela está formada por tres murallas concéntricas con sus terrazas, protegiendo tres torres centrales. Los muros defensivos de las ciudades solían ser poderosísimos.

La vida ciudadana alcanzó también gran desarrollo en el vejo Perú, ejemplo era la gran capital, El Cuzco, con sus grandes vías y numerosos y bien orientados barrios. De la monumentalidad de los conjuntos residenciales puede dar idea el hecho de que cada emperador construía un palacio nuevo para habitación propia a la muerte de su antecesor, por lo que su número se eleva a un mínimo de catorce. Complemento de todo eran las grandes calzadas, obras hidráulicas y otras de carácter público. La arquitectura funeraria inca fué pobre: consistió en pequeños hipogeos excavados en la roca o en túmulos de adobe.

La escultura careció de importancia, perdiéndose el bello naturalismo de los chimús. Como aplicación arquitectónica consiste en relieves poco notables a base de jaguares o serpientes; la estatuaria exenta se reduce a algunas figurillas, graciosas a veces, como las del Museo de América de Madrid. La pintura tampoco parece haber prosperado gran cosa, tenemos no obstante referencias de representaciones de los emperadores. En cambio sobresalieron en el trabajo de los metales nobles, de los que poseían numerosos yacimientos: con ellos hacían joyas, armas, objetos litúrgicos y hasta placas para recubrir parte de sus edificios. Sabida es la fama que desde los primeros tiempos de la conquista gozó el Perú por sus riquezas en oro y plata, y las ambiciones que despertó su abundancia; pero advertimos que tesoros y codicias han sido muy exageradas por los historiadores.

La cerámica fué también muy notable, sumándose a la armonía de las formas la belleza decorativa. La forma más típica es la de un vaso globular ápedo con dos asitas en la parte baja, y cuello alargado y estrecho de forma muy elegante: es el llamado *urpu*. La decoración pintada consiste en fajas horizontales o verticales con elementos geométricos, animales o vegetales, abundando las flores hechas con gran primor. Finalmente, la industria textil alcanzó desarrollo y belleza semejantes a la ya estudiada de la Costa; su decoración es de ritmo angular expresada por meandros.

El arte de los Diaguito - Calchaquis — Existe en América del S. otra cultura muy interesante sobre la que deben hacerse algunas advertencias. Primera en cuanto al nombre: los arqueólogos anduvieron divididos llamándola unas veces calchaquí y otra diaguita; vino después la tendencia conciliadora que unió ambas

denominaciones aunque no se considera definitiva: pero nosotros creemos que será inconvencional después del arraigo que ha tomado en la Arqueología americana. Otro problema es el de su extensión; sin entrar en discusiones de límites, nosotros la consideraremos como propia de la región Noroeste de Argentina y las comarcas más directamente relacionadas con ella. La tercera cuestión es la de su significado y contenido, pues mientras unos la consideran semejante al grupo primitivo, otros la creen provincia del arte peruano y la estudian con él, o con una personalidad propia, pero siempre más elevada que los simples primitivos. Ante la necesidad de decidirnos, nos hemos inclinado al partido de considerar el arte diaguito-cachalquí como una estética formada por una base de elementos autóctonos, fuertemente influidos por las culturas peruanas, lo que dió por resultado una tónica



Formas más usuales de la cerámica diaguitocalchaquí. 1) Urna de figuras amarillas y negras. 2) Urna de tipo rojinegro. 3) Urna de cuatro zonas, del último grupo de la clasificación general. 4) Urna de decoración antropomorfa. 6 y 7) Vasos de tipo dracónico. 6) Urna amarillo-negra, tipo Catamarca con decoración estilizada. (En nuestros dibujos han sido suprimidas las decoraciones de los vasos).

estética comparable a la que en el mundo romano conocemos por *arte provincial*. Ya que hemos hecho esta comparación y recordado el paralelo que los arqueólogos han buscado entre mayas y griegos, podríamos extender éste a incas y romanos, pero siempre con la reserva que nos inspiran semejantes equivalencias, que consideramos más ingeniosas que científicas.

El territorio diaguito-calchaquí está sembrado de grandes construcciones de interpretación dudosa entre ciudades fortificadas o fortalezas habitables.

Abundan estas plazas fuertes distribuidas en lugares estratégicos; como modelo puede tomarse la famosa del Cerro o Fortaleza de Pucará. La forma un re-

cinto amurallado de unos tres kilómetros de perímetro y tres o cuatro metros de altura; el muro tiene sección trapezoidal, es decir, su anchura en la parte superior es casi tres veces menor que en la base; el sistema defensivo se completaba con dos grandes torres de planta circular y dentro de este vasto espacio fortificado se alzaban numerosos edificios cuyos restos aún se conservan.

Otras plazas fuertes de la región de Catamarca, a la que pertenece Pucará (que significa *fortaleza*), son las de Cerro Pintado de las Mojarras y Fuerte Quemado. En el territorio diaguito-calchaquí se encuentran todavía los restos de las grandes y larguísimas calzadas, de hasta siete metros de ancho, que cruzaban y unían sus tierras con el Imperio de los Incas.

Se trabajó al bronce con bastante buen gusto, abundando los objetos de este metal: alfileres de cabeza grande, brazaletes, unas curiosas hachas de mando, o rituales, y placas ornamentales para llevar sobre el pecho o la frente. La ornamentación utilizada pertenece a los tres tipos; antropomorfa, animalística y geométrica.

Peró la manifestación artística más interesantes de estos pueblos es la cerámica. Aunque deba revisarse, la clasificación más aceptable de momento es la de Uhle, que distinguió tres períodos: uno arcaico, equivalente al período chimú; otro típicamente calchaquí y el último de fuerte influjo inca. La cerámica más antigua es la llamada *draconiana*, nombre algo inexacto, pero que ha hecho gran fortuna; se aplicó por primera vez por los arqueólogos que al estudiarla confundieron con un dragón una figura extragna que aparece muy repetida, y que posiblemente es una representación divina y estilizada de un jaguar totémico; también son frecuentes en esta primera época otros seres fantásticos que se han querido identificar como hidras o medusas. Las piezas de este estilo tienen formas relativamente poco variadas: globulares, muy panzudas, cuello estrecho y ancho, que se pulen finamente y pintar en negro sobre fondo marrón; a veces se agnada e rojo. Outes hizo una clasificación de la cerámica del Noroeste argentino a base de ciertos caracteres externos, sobre todo por el grupo de colores empleado en la decoración de cada tipo; y de la misma manera que hallamos cerámica de figuras negras de fondo rojo al referirnos a Grecia, encontramos los siguientes estilos o tipos cerámicos: recipientes de pintura negra y roja; de pintura amarilla y negra; monocromos; policromos; y un último grupo donde se incluyen las piezas que no caben en los anteriores. A cada grupo cromático corresponden unos tipos especiales de temas decorativos; así, el rojinegro prefiere los geométricos; al negro-amarillo, los estilizados; los monocromos y parte de los policromos, los antropomorfos; y el resto de los policromos, las estilizaciones zoomórficas. En estos grupos, y con preferencias especiales por cada uno, existen formas variantes el general con asas pequeñas (*urpu*), boca ancha y abierta en forma de cáliz, cuellos tan anchos y desarrollados en ciertos tipos que constituyen más de media vasija, etc. Al lado de esta cerámica que podemos llamar de lujo, se desarrollaron otras especies, que aunque repiten de lejos sus formas, son más toscas y se enriquecen con otras derivadas de obras tejidas, de las que también debe ser recuerdo su decoración geométrica.

200-07

FU-2-25